

CAPÍTULO 1

LOS BENEFICIOS DE LA LIBERTAD

El valor de la política, la lucha por la libertad

La política, igual que Anteo en el mito griego, tiene el don de permanecer joven, fuerte y dinámica siempre y cuando mantenga los pies en el suelo de su madre, la Tierra. Dada nuestra condición humana, la política no nos permite ir en pos de un ideal absoluto, como predicó Platón con seductora determinación. La faz de la Tierra es enormemente variada y la condición humana nos hace seres inquietos, con ideales múltiples y distintos, obligados a planificar el futuro y disfrutar de los frutos del pasado. La política, por lo tanto, no puede ser una actividad «puramente práctica e inmediata», como afirman orgullosos quienes no son capaces de ver más allá de sus narices.

BERNARD CRICK

Atenas y Roma. Siempre los clásicos... seguidos de notas al pie de página hasta nuestros días. El retorno de la Antigüedad, diría Robert D. Kaplan. Lo sabía el republicano Maquiavelo, el primer gran politólogo: en política casi todo estaba en la Antigüedad. Sus *Discursos sobre la primera década de Títo Livio* así lo atestiguan. Conviene

mirar hacia los orígenes de nuestra civilización, el poso de una sabiduría milenaria, para obtener las mejores lecciones políticas aplicables a nuestros días. Quinto Tulio Cicerón, además de hermano del inmortal Marco Tulio, fue uno de los primeros *spin doctors* de la Historia. Cuando el gran orador pretendía presentarse al cargo de cónsul de la República romana, Quinto le escribió una magnífica carta que pocos asesores políticos podrían hoy superar. Esa carta contenía el mejor consejo que se le puede dar a un político: «Considera qué ciudad es esta, a qué aspiras, quién eres» (CICERÓN, p. 20). Esta es la clave de la estrategia política. Saber de dónde venimos, conocer el terreno que vamos a andar, con todos sus obstáculos, y definir nuestro horizonte. Tener un proyecto y saber cómo llevarlo a cabo. El consejo debe ser gravado a fuego en la mente del político que, más allá de ostentar la *potestas*, siempre temporal en democracia, pretenda servir a su país contribuyendo al bien común. En las democracias actuales, la política del ordeno y mando es inaceptable. Solo desde la negociación, la persuasión y el ejemplo se consigue andar con un paso más o menos firme hacia unos ideales, hacia una sociedad mejor. Así, la *auctoritas*, la legitimidad moral que otorgan los ciudadanos a sus políticos, se alza como la fuerza de cambio más potente, incluso superior a la actividad legislativa o ejecutiva. De aquí la magnitud del drama que significa la desafección política. Sin confianza no hay cambio real. La regeneración pasa por la recuperación de la credibilidad. La credibilidad pasa por la coherencia. Y no hay coherencia sin estrategia, sin una hoja de ruta que culmine en una idea clara del país que se quiere y de lo que es el bien común.

Negociar, persuadir y ser ejemplo. El liderazgo político, lejos de emanar de manera natural de un carisma innato, es relacional; es una relación entre los ciudadanos y el líder y su proyecto. Es una relación que debe tenerse en cuenta incluso cuando lo que nos proponemos es construir y fortalecer un orden liberal, donde el imperio de la ley y la sociedad civil garanticen un espacio de libertad y de oportunidades para que cada ciudadano pueda ser responsable y prosperar llevando a cabo su proyecto de vida. Los ideales del liberalismo clásico no son solo unos pilares para construir un futuro mejor, sino que se me antojan la mejor guía para superar las diferentes crisis padecidas por nuestra sociedad. Para su consecución son tan necesarias las reformas institucionales como el cambio de valores, tanto el liderazgo político como una ciudadanía libre y responsable y, en definitiva, tanto la política como la sociedad. «La política necesita hombres dispuestos a actuar con libertad, pero los hombres no pueden actuar libremente en ausencia de la política. La política es una manera de gobernar sociedades plurales sin violencia innecesaria, y la mayoría de las sociedades son plurales, aunque haya quien piense que la pluralidad es el verdadero problema» (CRICK, 1962, p. 36).

Profundicemos en esta relación tridimensional de una política y una sociedad que se moldean continua y mutuamente a través de las ideas, los valores y las emociones. Tres dimensiones que hoy vislumbramos trastocadas, líquidas o, incluso, gaseosas como el humo narrativo utilizado para camuflar intereses muy particulares. Las ideas parecen despreciadas; los valores, volátiles; y las emociones, puro sentimentalismo. Vivimos en

el cortocircuito provocado por la sobrecarga de inseguridades e informaciones de un mundo globalizado y una política hipermediatizada. Recuperarnos, adaptarnos a una nueva época lleva su tiempo. Requiere esfuerzo y sensatez para huir de pócimas mágicas y de populismos que puedan echar al traste todo lo conseguido. Las nuevas tecnologías ofrecen a los ciudadanos una capacidad de opinión a la cual la política aún no se ha adaptado, y tampoco los medios de comunicación tradicionales encuentran su lugar como contrapoder independiente. Ciertamente es que la desafección política siempre ha ido muy unida al desarrollo económico del país. Las promesas imposibles de la competencia democrática traen la frustración y el desengaño. Así lo muestran las series históricas de los estudios de opinión: una alta correlación entre crisis económica y aumento de la desconfianza hacia la política. Sin embargo, debemos hilar más fino en el análisis, porque quizás esta vez sea diferente. Hoy las democracias liberales de Occidente sufren un desapego ciudadano que parece un movimiento más de fondo que una mera reacción a una coyuntura económica. Sin duda vivimos tiempos de desafección, pero de ninguna manera los ciudadanos han dejado de interesarse por la *cosa pública*. Quizás exista desorientación, pero no podemos hablar de despreocupación ciudadana. Desorientación por la falta de referentes intelectuales de altura. Y preocupación porque sin ideas sobre lo que somos y lo que queremos ser es imposible construir una estrategia para conseguir un futuro mejor. Esta es hoy la tragedia europea.

Tras superar el siglo de las ideologías y sus terribles consecuencias, no hemos sabido recuperar o reformular

las ideas que fundamentaron nuestra civilización. Cómo saber hacia dónde vamos si hemos perdido las raíces de lo que somos. Simplemente han sobrevivido algunas versiones *light* de las ideologías caducadas. Versiones *low-cost* que como manuales *for dummies* ofrecen respuestas fáciles —y, por lo tanto, equivocadas— sobre la compleja realidad de nuestras sociedades. Y si no nos damos cuenta de que las ideas aún tienen consecuencias, la decadencia seguirá tan dulce como imparable. Recuperar lo que funcionó y encontrar nuevas ideas para superar los fracasos es la incómoda, pero vital, tarea que deberíamos conferirnos. Ante la desubicación intelectual y moral, es necesario recuperar algunos fundamentos de nuestra civilización que nos ayuden a poner orden de nuevo, un orden que devuelva a la persona su papel protagonista; un orden, pues, liberal.

La respuesta a la desorientación producida por la globalización no puede ser una mera reacción sentimental de cerrazón identitaria. Faltan ideas, nuevas o viejas, pero que sean ideas buenas. Quizás estén aquí, pero parecen escondidas detrás de identidades y pertenencias exaltadas de todo tipo: nacionales, religiosas, de género, sexuales, lingüísticas... Hemos pasado del siglo de las ideologías al siglo de las identidades sin apenas disfrutar de una política de las ideas, que se han asfixiado en la atmósfera cargada de *voluntades de ser* hasta el punto de que tanto la izquierda como la derecha europeas viven en la confusa sensación de que ambas están perdiendo la batalla por la hegemonía cultural. Las ideas se pueden discutir, debatir, mejorar, pero cuando al conflicto de los intereses se le yuxtapone el eje de la identidad la resolución de los problemas y el progreso de una sociedad se complican gravemente.

La perversión de las identidades es hoy una de las grandes amenazas para la libertad de las personas, la libertad más auténtica. Es la enésima manipulación ideológica que desatiende la complejidad de la condición humana para ofrecernos comodidades psicológicas sobre lo que somos y lo que seremos. Es el regreso de los determinismos tan eficaces en su expansión como peligrosos en su ejecución. La devastación económica y moral que produjo el socialismo real no se produjo porque el marxismo se hubiera pervertido en su praxis. Era la consecuencia posible de una ideología que no entendía el fenómeno humano en toda su complejidad. Y es que, en último término, las promesas de libertad colectiva solo pueden realizarse a través de la eliminación de libertades individuales, así como las promesas de sociedades igualitarias se acaban implementando con nuevos estamentos de privilegiados, los *apparatchiki*.

La tentación totalitaria es fuerte y tiene numerosas vestimentas para el camuflaje. El efecto reconfortante de un marco ideológico simple que dé respuesta a todas nuestras dudas o miedos ha sido y es trampa para millones de voluntades en todo el mundo. El confort emocional de compartir enemigo con quienes nos rodean, sentirnos parte de un grupo, de la comunidad imaginada, es un elemento común del nacionalismo e ideologías populistas.

Frente a esta tentación, tanto las ideas liberales como el sentido común vuelven a hacerse imprescindibles para salvaguardar la convivencia y la prosperidad. Sustituir el debate político de una sociedad abierta por la concatenación de monólogos acusadores e insultantes devolverá la política a las cavernas, en las cuales confundiremos

las sombras con los fantasmas de enemigos amenazantes. Las narrativas fantasiosas y las realidades paralelas no ayudarán a recobrar la confianza perdida. Los ciudadanos aprenden con el método popperiano de la prueba y el error electoral y los políticos que persistan en los paraísos perdidos y la enajenación utópica tendrán una carrera muy corta, aunque quizás el mal ya esté hecho. Ese fantasma recorre Europa, y en algunas regiones se ha encarnado en un riesgo más que notable para la convivencia y la prosperidad. Cataluña es una de esas regiones.

Aquí, frente a un nacionalismo catalán de espirales del silencio se echa de menos intelectuales catalanes que por no ser independentistas sean independientes. Es preocupante la carestía de pensadores que en Cataluña sean capaces de tener una visión global de la situación, de ver dónde nos situamos en el mundo y dónde podríamos llegar con un realismo alejado de cualquier prebenda. Hoy el nacionalismo y sus fantasías lo ocupan todo con una sensación de impunidad que les permite hacernos creer que Europa espera con los brazos abiertos una Cataluña independiente. Cataluña se ahoga en la identidad, sin apercibirse que tiene sed de ideas. Si queremos ser una sociedad abierta y libre, no nos rindamos. No sucumbamos a la tentación nacional-populista.

Europa humanista

Europa debe recuperar su esencia: la persona y su libertad. El liberalismo humanista, el pluralismo y la sociedad abierta son fruto del legado de más de dos milenios de

una cultura occidental forjada con el acervo de Atenas, Jerusalén y Roma. La libertad de las personas, como principal aspiración política, solo sobrevivirá si somos capaces de recuperar, cuidar y potenciar ese legado. En el siglo XXI continúan vivas muchas ideologías que consideran a los seres humanos no como fines en sí mismos, sino simples medios para alcanzar sueños utópicos y sociedades perfectas. La libertad, pues, no es un valor seguro. No se puede dar por garantizada. Hay que trabajarla y conseguirla día a día. La lucha por su defensa, frente a los enemigos de la sociedad abierta, es eterna y agotadora, pero nada merece más la pena.

Europa se ha construido en esas batallas. Las batallas de la libertad contra la tentación totalitaria. Creo que John Gray nos advierte de la amenaza de esa tentación cuando señala que «solo de forma retrospectiva nos parecen anómalas las ideas nazis. En su época, suponían únicamente una versión extrema de lo que era una creencia común a muchas personas» (GRAY, 2003, p. 25). Las viejas tentaciones se visten de nuevas ideas o de sentimientos heridos. Muchos creen que suben al caballo ganador de una nueva modernidad, cuando en realidad van a lomos de los mismos totalitarismos de siempre, que creíamos desechados en el vertedero de la historia. ¡Qué fácil es dejarse arrastrar por la corriente! Cuando pase la moda muchos serán los que se avergüencen en silencio por haber abrazado las banderas más carcas creyendo ser *hipsters*. Hoy ni la bandera de la libertad se parece a la cubana...

...Ni el futuro está escrito. No estamos condenados a la sociedad cerrada del nacionalismo excluyente, como tampoco tenemos garantizado un futuro progreso. Solo

podemos descartar que nunca gozaremos del paraíso terrenal que algunos prometen; por lo que sería recomendable que en lugar de crear hombres nuevos o naciones perfectas, busquemos, a través de un nuevo humanismo, hacer de la nuestra una sociedad mejor. Conocer el pasado nos debe servir para evitar errores. Si las teorías fallaron, nunca fue por culpa de la realidad. Es que simplemente aquellas ignoraron esta. La explosión de los nacionalismos dejó Europa en la desolación moral tras la Segunda Guerra Mundial. No repitamos errores y aprendamos de las soluciones, porque Europa supo renacer. Se reencontró con sus fundamentos. Y hoy, en plena crisis económica, institucional e identitaria, Europa debe volver a mirar hacia aquellos fundamentos, porque si algo sabemos es que la prosperidad y la convivencia surgen del orden democrático y liberal del cual Occidente fue maestro.

No será fácil. Tampoco lo fue entonces. En la Europa continental la tentación totalitaria estuvo muy presente aún tras la guerra. En *La patria lejana*, el historiador Juan Pablo Fusi nos explica algunas de las respuestas europeas surgidas tras aquella contienda. El existencialismo francés de los Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir o Merleau-Ponty supuso toda una visión negativa sobre el absurdo de la existencia humana. Muchos de ellos y sus seguidores acabarían sucumbiendo a la tentación totalitaria del estalinismo, salvando la honrosísima excepción de Albert Camus, cuyo sentido de la libertad individual y de la justicia le apartó del comunismo y de Sartre. Paradójicamente, el existencialismo fue, más que influyente, comercial. Su influencia fue más editorial que institucional. Tuvimos suerte. Fueron otras dos

ideas, aparte de la cobertura económica y militar norteamericana, las que nos alejarían de las tentaciones del colectivismo fascista o comunista: la idea de la unidad de Europa de nuestros padres fundadores (Monnet, Schuman, Adenauer, De Gasperi) y la libertad individual, que resurgió de la pluma de pensadores que, huyendo de los totalitarismos, se habían refugiado en el pragmático y empírico Reino Unido (Isaiah Berlin, Karl Popper, Friedrich Hayek). Repensaron las instituciones con un objetivo fundamental: la persona y la salvaguarda de su libertad. Igual que Montesquieu había pensado la separación de poderes, consciente de la importancia de las instituciones políticas sobre la libertad de los ciudadanos y el progreso de las sociedades, el pensamiento «anglosajón» durante y después de la Segunda Guerra Mundial produjo o reprodujo todo un *corpus* de ideas que hoy es necesario recuperar.

Europa y libertad son, pues, las ideas centrales que propongo para construir la estrategia política de aquellos que deseamos un futuro común, quizás no perfecto, pero sí mejor, con el resto de españoles. Cabrá preguntarse en las próximas páginas qué Europa proponemos y qué mejoras institucionales, también en España y Cataluña, permitirán esa necesaria salvaguarda de la libertad individual.

Europa y *persona* son ideas que se han entremezclado hasta confundirse. No en vano Salvador de Madariaga, uno de los grandes defensores de la idea de unidad europea y también seguidor en su momento del liberalismo anglosajón, nos dejó escrito que «mientras el Asia orienta al hombre hacia el follaje y los cielos, y el África hacia las raíces y la tierra, Europa da de sí árboles humanos de

fuerte tallo diferenciado, y prefiere expresar su espíritu en individuos. El individuo es un descubrimiento —si no una invención— de Europa. Aquí es donde se aprecia por primera vez la índole peculiar, única del individuo. Esto a su vez explicaría que el cristianismo fuera la religión predestinada de Europa; puesto que es la religión que establece y proclama el carácter sagrado de todo ser humano, sea cualquiera su clase, situación, color u oficio» (DE MADARIAGA, p. 67). Inventamos el individuo, descubrimos que cada uno de nosotros es diferente del resto de personas, pero todos somos igualmente de sagrados. La igualdad moral de las personas. Liberalismo y cristianismo unidos, también, por el humanismo. Esto es Europa.

Atenas y Jerusalén, diría George Steiner en su preciosa obra *La idea de Europa*. También proclama que Europa está compuesta por los cafés, «lugar para la cita y la conspiración, para el debate intelectual y para el cotilleo», con sus pensadores y sus escritores. Europa es un paisaje que puede ser paseado, un paisaje humano, sin desiertos ni selvas que nos separen. El humanismo europeo de Erasmo o Montaigne no encontró barreras naturales, pero hoy puede verse amenazado por «los odios étnicos, los nacionalismos chovinistas, las reivindicaciones regionalistas». Para Steiner, «la limpieza étnica y el intento de genocidio en los Balcanes no son más que el ejemplo más reciente de una peste que llega hasta Irlanda del Norte, hasta el País Vasco, hasta las divisiones entre flamencos y valones» (STEINER, 2004, pp. 70-71). Deberíamos tener siempre presente que a todos los europeos nos une la diversidad y que cada uno de los europeos atesora una riqueza de pertenencias inmensa que debe ser respetada.

Sin recuperar la idea de nuestra individualidad y complejidad, Europa seguirá en una crisis espiritual causa y efecto de la económica y la política.

El incentivo institucional

Volvamos la mirada al pensamiento liberal anglosajón que hoy, como ayer, puede darnos alguna pista de vital importancia. La crisis económica que sufren los países occidentales es, para el historiador de Harvard Niall Ferguson, un simple síntoma de una degeneración más profunda: la de las leyes e instituciones. En su imprescindible obra *La gran degeneración* identifica cuatro pilares de nuestra civilización socavados en sus bases: la democracia, el capitalismo, el imperio de la ley y la sociedad civil. Algunas de estas de estas «instituciones» están especialmente resquebrajadas en nuestro país, por lo que su análisis no solo nos ofrecerá claves para superar la crisis económica, sino también para la salir del enconado debate territorial.

Para Douglass North «las instituciones son las reglas del juego en una sociedad o, más formalmente, son las limitaciones ideadas por el hombre que dan forma a la interacción humana. Por consiguiente, estructuran incentivos en el intercambio humano, sea político, social o económico. El cambio institucional conforma el modo en que las sociedades evolucionan a lo largo del tiempo, por lo cual es la clave para entender el cambio histórico» (NORTH, 1990, p. 13). Y es que las personas andamos en el *continuum* que va de la esclavitud a la libertad. Somos un conjunto de pertenencias, unas que nos vienen dadas

por la sociedad en la que nacemos, y otras que vamos eligiendo a lo largo de los años. Las instituciones, como las normas o los códigos de conducta, que regulan la sociedad en la que vivimos nos pueden ofrecer más o menos posibilidades de elección sobre lo que queremos ser o sobre la forma de vida que queremos llevar, pero también —y esto es fundamental en nuestro análisis— incentivan un tipo de elecciones individuales sobre otras. Algunas instituciones nos dejan crecer libremente y formar asociaciones voluntarias que enriquecen la sociedad, como son las familias, las empresas u otro tipo de organizaciones. Otras nos pueden incentivar a aportar socialmente siendo más innovadores o más trabajadores. Por el contrario, otros tipos de instituciones nos limitan o provocan actitudes poco virtuosas: violencia, conformismo, ignorancia...

El éxito económico y social de un país se ve, así, íntimamente ligado a la configuración de sus instituciones políticas. La geografía y la cultura pueden ser variables muy importantes, a veces con efectos inversamente intuitivos, pero las décadas del mundo bipolar nos han ofrecido ejemplos prácticamente definitivos sobre la importancia de las instituciones políticas. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, los alemanes, tanto del Este como del Oeste, compartían cultura y unas condiciones geográficas similares; sin embargo, cuatro décadas después observamos cómo las instituciones democráticas y liberales generaron incentivos y condiciones de vida totalmente opuestos a los de las instituciones comunistas. Hoy aún podemos observar un experimento sociológico de este tipo en las Coreas. Misma cultura, misma geografía. Y no tengo ninguna duda de que, si hoy se

abrieran las fronteras entre ambas Coreas, serían pocos los surcoreanos que corriesen a cruzar el paralelo 38 para vivir en el sistema institucional norteño. Ningún país comunista ha tenido que cerrar nunca sus fronteras para frenar una avalancha de personas ansiosas por vivir en su «paraíso». Antes al contrario, este sistema colectivista solo puede sobrevivir en la medida que pueda encerrar a sus ciudadanos —o súbditos— en la jaula de sus fronteras. Fronteras en las que tantas personas han muerto intentado escapar. Así, las sociedades cerradas solo pueden mantenerse si convierten su perímetro en los barrotes de una gran celda.

Son numerosos los pensadores, neoinstitucionalistas como Douglass North, que, a la manera de Adam Smith siglos atrás, vuelven a ponernos sobre aviso de la importancia de las instituciones en nuestras vidas. Niall Ferguson nos recuerda que recuperar y mejorar las instituciones que hicieron grande la civilización occidental (democracia representativa, el libre mercado, el imperio de la ley y la sociedad civil) son las claves para vencer las crisis que hoy sufrimos. Las instituciones se pueden cambiar, por lo que no estamos condenados a sufrir ningún futuro en concreto. Somos dueños de nuestro destino en tanto que comprendamos que la sociedad puede progresar si logra mejorar sus instituciones y sus valores. En el conocido libro *Por qué fracasan los países*, Acemoglu y Robinson señalan que Gran Bretaña y Estados Unidos «se hicieron ricos porque sus ciudadanos derrocaron a las elites que controlaban el poder y crearon una sociedad en la que los derechos políticos estaban mucho más repartidos, en la que el gobierno debía rendir cuentas y responder a los ciudadanos y en la que la gran mayoría

de la población podría aprovechar las oportunidades económicas» (ACEMOGLU, 2012, p. 18).

La política aparece, de esta manera, como un factor decisivo en el éxito o fracaso de las economías: «Lograr la prosperidad depende de la resolución de algunos problemas políticos básicos» (ACEMOGLU, 2012, p. 89). La condición humana no cambiará, seguirá siendo compleja, capaz de lo sublime y de lo miserable, por lo que antes que conseguir cambiar al hombre es más eficaz y menos doloroso mejorar las instituciones y sus incentivos.

El imperio de la ley nos hará libres

Legum servi sumus ut liberi esse possimus.

MARCO TULLIO CICERÓN

La democracia es el mejor sistema político —o el peor, salvo el resto, que diría el estadista— para defender la libertad de las personas y la prosperidad. Es una condición necesaria, *sine qua non*, pero no suficiente. La democracia solo determina quién gobierna, no cómo nos van a gobernar, ni sus límites. Así, como señala Dahrendorf, la democracia necesita, al menos, dos condicionantes fundamentales: el imperio de la ley y la sociedad civil (DAHRENDORF, 2003, p. 115).

La regla de la mayoría puede convertirse en la tiranía de la mayoría si no está limitada. Aquí aparece la razón de ser de las constituciones: la protección de los individuos frente al poder, sea o no mayoritario. Así pues, a oídos liberales suena a auténtica aberración el cántico separatista que contrapone legitimidad democrática a

legitimidad legal. Y la aberración se hace insoportable cuando se confunde la democracia representativa con la aclamación de la calle. Hugo Chávez estaría orgulloso de aquellos que proclaman que los gobiernos han de seguir el clamor de las manifestaciones (que, por otra parte, el propio *establishment* oficialista ha promocionado). Igual que en la tradición anglosajona el rey debía respetar la ley porque era rey gracias a la ley, en nuestras democracias el respeto a la ley es fundamental porque tenemos democracia gracias a la ley.

Desde Alexis de Tocqueville sabemos que si esta no impera se impone la tiranía de las mayorías. Siendo, pues, garantía de las libertades individuales no es de extrañar que sea atacada por los enemigos de la sociedad abierta que se camuflan bajo el imposible disfraz de intérpretes de la voluntad del pueblo. La pancarta por encima de la ley. Y otra vuelta de tuerca: el grito que ensordece el voto. Los líderes del colectivismo arrebatan a los ciudadanos su libertad para entregársela formalmente al pueblo o a la clase, pero, en realidad, se la quedan ellos como únicos intérpretes de la voluntad colectiva.

Sin embargo, no solo el populismo es una amenaza para el imperio de la ley, también lo es una práctica menos vistosa: las malas leyes y la excesiva regulación que ha tejido su telaraña burocrática a largo de décadas. El exceso de regulación conduce a la arbitrariedad y también a una confusión que permite que los que tienen más recursos puedan sortear el espíritu de las leyes. Frédéric Bastiat actuó como un visionario cuando dijo que la «ley se ha pervertido por la influencia de dos causas muy diferentes: el egoísmo no inteligente y la falsa filantropía» (BASTIAT, 1850, p. 58). El primero conduce a la

regulación que permite las ganancias de unos a costa de la mayoría mediante procedimientos que poco tienen que ver con la justicia o el bien común: subvenciones, aranceles, discriminaciones, protecciones, etc. La falsa filantropía es la de aquellos que confunden el gobierno con la sociedad, de aquellos que llegan a creer que la sociedad es fruto de la legislación, por lo que esta puede modelar a aquella según los criterios del legislador o ingeniero social de turno. La falsa filantropía es la de aquellos que consideran que si algo no está regulado según sus criterios no es justo, ni bueno. «Son demasiados los que se colocan sobre la humanidad para sujetarla, y los que no tienen más profesión que ocuparse de ella» (BASTIAT, 1850, p. 127).

En Cataluña, la que algunos dicen que es la tierra productiva que subsidia al resto de España, la cola de los falsos filántropos es más larga que la de aquellos que buscan trabajo en el ineficiente *Servei d'Ocupació de Catalunya*. Son demasiados los que se disfrazan de defensores del *fet diferencial* para defender en realidad el negocio de las trabas burocráticas. ¿Unidad de mercado? Atentado español contra Cataluña, aunque se sustenten en la lógica de la integración económica europea.

La mala regulación es más injusta y más proclive a generar crisis económicas que la desregulación. Como señala Ferguson, «la crisis financiera que se inició en 2007 tuvo su origen precisamente en una regulación compleja en exceso». La regulación ofrecía incentivos perversos a los grandes bancos a maximizar el valor de las acciones en lugar de incentivar la responsabilidad en algunas actividades como las concesiones de hipotecas. Antes al contrario, el Congreso de Estados Unidos había aprobado

leyes que incentivaban precisamente otorgar hipotecas a familias con pocos ingresos y activos, sobre todo a través de las sociedades semipúblicas Fannie Mae y Freddie Mac. Así pues, en Estados Unidos «la clave de la crisis fueron los bancos, y los bancos estaban regulados»; sin embargo, «resulta más que conveniente para la clase política estadounidense que se eche la culpa de la crisis a la desregulación y los excesos de los banqueros. Esto no solo sirve para pasar la pelota: también crea una justificación para una mayor regulación».

Finalmente, otra amenaza a la libertad individual. El imperio de la ley puede desmoronarse si, a pesar de las muchas regulaciones —o quizás gracias a ellas—, no se pueden cumplir o no se hacen cumplir. La sensación de impunidad incentiva el no cumplimiento de las leyes. «Ni la más detallada regulación del mundo servirá para evitar una futura crisis financiera tanto como una conciencia clara y presente en la mente de los banqueros actuales del peligro de que, si infringen la ley a los ojos de la autoridad de la que en última instancia depende su negocio, pueden ir a la cárcel» (FERGUSON, 2012, pp. 74-99).

Pocas leyes, pero buenas. Un simple marco para que sepamos a qué atenernos. Es preferible que el regulador, sea el Estado o la comunidad autónoma, sea fuerte y pueda hacer cumplir sus escasas pero claras regulaciones, que no un Estado muy amplio, que regule hasta la anécdota, pero sea débil a la hora de hacer cumplir la ley o a la hora de castigar su incumplimiento. La libertad no quiere un Estado débil, lo que quiere es que no se inmiscuya donde no debe, pero el Estado debe ser fuerte, eficaz. Francis Fukuyama define la fuerza de un

Estado como su «capacidad de elaboración y ejecución de políticas y de promulgación de leyes; administración eficaz con la mínima burocracia; control del soborno, la corrupción y el cohecho; mantenimiento de un alto nivel de transparencia y rendición de cuentas en las instituciones públicas; y, lo más importante, el cumplimiento de las leyes» (FUKUYAMA, 2004. p. 25). Repito: en demasiadas ocasiones se confunde fuerza con alcance, pero la diferencia es fundamental, porque un Estado con gran alcance que se inmiscuye en los territorios de la sociedad civil es un Estado que vulnera las libertades individuales, es un Estado que sale de la calle para entrar en las casas, en los castillos privados; sin embargo, un Estado que no tiene fuerza es incapaz de garantizar el imperio de la ley y, por lo tanto la libertad.

Los españoles nos otorgamos una Constitución que garantiza nuestros derechos y libertades frente a los otros y frente al Estado. No sabemos qué constitución tendría el hipotético Estado catalán, aunque somos sabedores de la voracidad legislativa de la elite nacionalista. 223 artículos en el último *Estatut, world record*. Me temo que una Cataluña independiente aceleraría la degeneración de la economía y la sociedad catalanas en lugar de reactivarlas, ya que provocaría un colapso del imperio de la ley, una mayor administración pública, una elite extractiva con más poder y un mercado más reducido y menos libre. Y es que algunos nos tememos que el *establishment* nacionalista busca una situación en la cual el capitalismo clientelar, tan profundamente antiliberal, quede en sus manos y sin límites que protejan a la mayoría de catalanes.